

hace sacaron en Valencia la celestial original imagen de nuestra Señora de los desamparados en traje de dolorosa; entre otras procesiones de penitencia se vió una de tres mil niños, capaz de enternecer las peñas, sin que el cielo se diese por entendido. No cesaban las rogativas y procesiones de penitencia; pero aun los que iban en ellas, y particularmente labradores mas interesados en el socorro de la lluvia, decian á voz en grito: no lloverá hasta que no salga la paloma; aludiendo á la Virgen de la CUEVA SANTA. En efecto, llegaron las voces á Segorve, sacaron á la Virgen, y al tercer dia amaneció lloviendo y nevando, y prosiguiendo así hasta llenar las medidas de los deseos de todo el reino.

En esta salida de nuestra Señora sucedió otra cosa notable, y fué, que llevando en sus manos la imagen el Ilustrísimo Señor Obispo Muñoz por el claustro de las religiosas de San Martin de Segorve, con la presencia de la Virgen cesaron unos extraordinarios ruidos que en el convento se oían de continuo en aquel tiempo, con indecibles sustos y muertes de religiosas, sin que se hubiese podido averiguar la causa, que unos atribuian á alguna alma que allí padecia el purgatorio, otros á algun espíritu de inquietud deseoso de introducirla en la casa del sosiego, y todos enterados de la virtud y regular observancia de las religiosas la tuvieron por ejercicio con que nuestro Señor quiso por uno ú otro medio, de nosotros ignorado, hacer mas suyas aquellas almas tan de su cariño.

*Dá la Virgen con su presencia salud á moribundos, y resucita muertos.*

En Segorve apareció la Virgen de la CUEVA SANTA á Gerónimo Capilla, oleado ya y en el último extremo, y repentinamente se halló mejorado. En la misma ciudad se hallaba Jacinto Cabañes, niño de doce años, atravesado el pecho con la asta de un toro, de modo, que le salia el pulmion por la herida, y lo daban por muerto; pero llamando el niño á la Virgen de la CUEVA SANTA, se le apareció en la noche inmediata, y le dijo: seas bueno; y quedó sano. Semejante favor recibieron de la Virgen en el extremo de la vida Gerónima Portoles, Esperanza Jovene, Vicenta Garcia, y otros que refiere la Historia antigua.

Un sacerdote muy ejemplar se retiró á la Cueva Santa para hacer, en compañía de la Virgen, vida heremítica. Una tarde se le entró por la Cueva un pastor que le pidió resuelto en lágrimas le confesase, porque su vida era toda vicios, y sentia la muerte tan vecina que le apretaban sus congojas. Persuadiéndose el sacerdote que no era extremo el peligro, para asegurar el exámen, le rogó que descansase aquella noche, y á la mañana siguiente se confesaria. Vino el pastor en ello, pero entrada ya la noche le hirió la muerte tan de improviso, que no pudo llamar al padre. Despertó con el dia el sacerdote, y viendo la tragedia, se descon-

soló por extremo, teniendo por culpa suya la dilacion de confesarle. Acogióse á la Virgen con muchas lágrimas y ansiosos suspiros, suplicando intercediese con su querido Hijo, diese vida al difunto, la que bastaba para confesarse. Oyeron entrambos su piadosa petición, pues con el fervor junto con la pena le sobrevino un dulce sueño, en que vió á Cristo Crucificado que acercándose al cadáver, y desenclavando el brazo derecho bañaba el dedo con la sangre de su Costado, de que cayó una gota en el cuerpo difunto. Apenas le tocó aquel licor sagrado, cuando le infundió nueva vida, con que se puso en pie al mismo instante que el sacerdote despertaba. Miráronse atónitos, y se abrazaron los dos con increíble gozo de ver lo que no acababan de creer. Confesóse el pastor á satisfaccion de entrambos, y luego con nuevo milagro murió segunda vez, dejando tan asombrado al sacerdote, que dentro de breves dias le siguió, y enterraron á los dos en la Santa Cueva.

Sacaron de una cuba de vino, ahogado á Vicente Gavarda; su hermano Francisco viéndole muerto no cesaba de suplicar á la Virgen de la CUEVA SANTA: con cuyas súplicas, y con el voto que hizo de pesar de trigo á su hermano y ofrecerlo á la Virgen, abrió los ojos el difunto, y recobró la vida. No fué menos notable la desgracia de una niña de Juan Juste. Hacia colada su madre, y estando hirviendo una caldera de agua, y la niña calentándose á la lumbre, cayó sobre la niña la caldera, abrasóla

y quitóle la vida. La madre en caso tan lastimoso rogó afligidísima á la Virgen de la CUEVA SANTA que la socorriese. Apenas la invocó, cuando la niña comenzó á abrir los ojos; y no solo le dió la Virgen la vida que deseaba la madre, sino tambien la salud, sin quedar ni aun las señales de la quemadura, habiendo corrido por todo su cuerpo con grande estrago la agua hirviendo.

Don Juan Flor, capellan de la Santa Cueva, testifica haber encontrado muerto sin indicio de vida y con todas las señas de cadáver á su padre: afligióse en extremo, bajo con mucha fé á implorar el socorro de nuestra Señora, y luego volviendo á ver á su difunto padre, lo encontró, con admiración suya y de muchos que allí se hallaron, enteramente bueno, y á juicio de todos resucitado. Y el mismo padre capellan Flor murió al parecer de todos de una gravísima enfermedad, y cuando todos lo creían cadáver y lo lloraban muerto, despertó voceando y con entera salud, diciendo: la Virgen de la CUEVA SANTA me ha dado la vida y salud. Otros muertos resucitados refiere la primitiva Historia, especialmente hace memoria de Valero Máximo, niño: de Ana Maria Moros, doncella; de Juan Sebastian; de Francisco Balagner niño, después religioso de nuestro padre San Francisco; pero los que referí antes son mas recientes, y se omiten otros recientes por evitar prolijidad.

*Prerogativa singular de la imágen de nuestra Señora de la Cueva Santa.*

Obra prodigiosa es dar vista á ciegos, salud á enfermos y vida á muertos: obra maravillosa es la creacion del universo habiendo formado Dios en él unos cielos tan vistosos, unos astros tan brillantes y una tierra tan rica en producciones; pero mucho mas prodigiosa y maravillosa es la obra de dar al pecador la vida de la gracia, y pasarlo del no ser de la culpa al ser de la gracia, segun doctrina del Señor San Agustin. Que atienda al Señor, y mire con la divina luz, dice MARIA Santísima á la Venerable de Agreda, y conocerá en ella, como es mas gloriosa obra para el Señor justificar una sola alma, que haber criado los orbes del cielo y de la tierra con el complemento y perfeccion natural que tienen; y que es poco llamar á la alma así justificada, mas pura y blanca que la nieve, mas refulgente que el sol, mas preciosa que el oro y que las piedras, mas apacible, mas amable y agradable que todos los deleitables regalos y delicias, mas hermosa que todo cuanto puede imaginar el deseo de las criaturas.

Ahora pues, son tantas las almas que el Señor se ha dignado justificar por medio de la devocion de esta soberana imágen; es tan propio de este devoto simulacro de MARIA mover á interior penitencia de los pecados, y á la en-

tera y legítima confesion de ellos, con que se consigue la gracia del Señor, que justamente puede llamarse este prodigioso efecto, el carácter genuino, la gracia sobresaliente y la prerogativa singular de esta sagrada imágen.

Confieso cándidamente el gran consuelo que me causa el presentármese aquí ocasion de exhortar á los tímidos pecadores á una confesion verdadera, entera y legítima de sus culpas: y creo no cometer en esto alguna muy culpable digresion; porque la falta de integridad en las confesiones es un mal que cunde tanto que debiéramos predicar é instar contra el *oportuné et importuné* en tiempo y fuera de tiempo: tambien porque todo cuanto dijere, lo reduciré á dar á tan deplorable mal el último remedio, que será acudir al amparo y poder de nuestra Señora de la CUEVA SANTA, con lo que confio grangearle á nuestra Señora muchos devotos, que es todo el designio de esta resumida historia.

*Exhortacion á la integridad de la confesion sacramental, de la que es con especialidad abogada nuestra Señora de la Cueva Santa.*

Y desde luego suplico al mas tímido, al mas vergonzoso, al mas engañado y obstinado pecador á que considere atentamente, que lo mismo es cometer un sacrilegio en la confesion, que profanar, pisar y hollar como lodo de las calles aquella preciosísima Sangre, que ofrecien-

do el Hijo de Dios para lavar nuestras feas y criminales manchas, hizo como un depósito ó receptáculo de ella al Sacramento de la Penitencia para aplicarnos en él todo su mérito: aquí es en donde recibimos la virtud de esta Sangre preciosa, y por ella se borran todos nuestros pecados; aquí es en donde en un instante la alma mas desfigurada por el pecado, pasa en fuerza de las palabras sacramentales, del cúmulo de la infelicidad á la mas perfecta dicha. ¡Qué lástima pues, ó tímido pecador! ¡qué lástima! ¡que por no confesar como debes tus pecados, halles el mortal veneno, en donde otros la mas proficua medicina! ¡que halles una eterna muerte, en donde otros la vida eterna! ¡que padezca tu alma el mas fatal naufragio, en donde otros hallan el mas seguro puerto de salvacion! ¡que te hagas merecedor de los estanques de fuego y azufre, en donde otros consiguen gozos eternos! En fin, ¡que te confirmes y te ratifiques esclavo del demonio, en donde otros logran pasar de esclavos de este infame enemigo á ser hijos de Dios, amigos de Dios, herederos de Dios y coherederos del mismo Cristo! ¡O monstruo de ingratitude y de error! Oye, pues, con atencion estas poderosas y eficaces razones que te voy á proponer, que con ellas confio lanzarás de tí el monstruo de la vergüenza que te introdujo el espíritu infernal con razones frívolas y aparentes.

En efecto, te habrá persuadido el demonio que como los confesores son hombres como los demás, puede suceder el que descubran tus cul-

pas en gravísimo perjuicio de tu honor. Pues mira, es tan grande la obligacion del confesor, que en ningun caso, por ningun acaceimiento, bajo ningun pretexto, por ningun temor, ni por ninguna fuerza puede revelar, no digo un pecado grave, pero ni aun una mentira leve que le hayas confesado. Por cierto que no son pocos los que han regado la tierra con la sangre de sus venas por esta causa muriendo martires de Jesucristo. No hay poder, no hay tribunal en este mundo que pueda obligar al confesor á romper el sagrado sello de la confesion. Solo por esta razon forzosamente me has de conceder, que esos pecados que callas, mas seguros estarán en el confesor que en tí mismo; y es así, pues tú al fin si quieres los puedes manifestar á otro; pero el confesor no, aunque supiera de cierto que de revelar un pecado el mas leve se habia de seguir la conversion de todos los infieles, de todos los hereges y de todo el mundo. Por esto decia San Agustin: estad seguros, que lo que depositais en mi pecho por la confesion, lo sé mucho menos que lo que siempre he ignorado. Y lo maravilloso de esto es, que cuando sin culpa del confesor pudieran saberse los secretos de la confesion, acude Dios con su soberana providencia á impedir la infraccion del sigilo. Ha habido sacerdotes que soñando han dicho en alta voz y han descubierto sus faltas hasta las mas ocultas y vergonzosas; pero no ha habido sacerdote, que en el sueño se le haya escapado la más minima palabra de lo

que oyó en la confesion. Lo mismo se ha dejado admirar en aquellos sacerdotes, que perdieron el juicio despues de haber ejercitado largo tiempo el ministerio del confesonario, que no les sucedió cosa en el discurso de su vida que no la contasen en su locura; pero preguntándoles algunos temerariamente de las confesiones, se hacian enteramente mudos. Pero lo que es mas notable y sensibiliza de un modo bastante claro la providencia especial con que el Omnipotente cuida de la mas fiel observancia de un secreto tan importante como el de la confesion es, el que guardan aun aquellos sacerdotes, que conducidos por el error hasta el fondo de la apostasia ó castigados con la degradacion, parece que habian de hacer ostentacion de esta iniquidad, especialmente los apóstatas, en ódio de la iglesia católica; sin embargo, yo no sé que alguno despues de estos excesos haya sido infractor del sigilo de la confesion, porque es éste un delito tan horrendo, que no hay necesidad ni motivo que lo pueda honestar, pues atropellaria con todos los derechos, natural, divino y eclesiástico.

Tú, pues, pecador que nada temes tanto como el ser investigado y el ser visto en el abismo sucio de tu conciencia, convendrás en que tu pretexto es ridiculo, si yo te pruebo, que revelar tu secreto al confesor es asegurarlo y ocultarlo del todo y para siempre. Oye, pues, dice la Sagrada Escritura, que no hay cosa tan oculta que algun dia no se manifieste; lo que no se

quiere descubrir hoy á esos hombres sentados en la cátedra de Moysés, á los sacerdotes, será descubierto á vista de todo el universo el dia último: allí se harán patentes los pecados mas ocultos y mas vergonzosos. Pero ¿quieres sepultar en un eterno olvido todo eso? corre, decia el grande Obispo de Milán, corre ahora á hacer una humilde confesion á los sacerdotes: este es el grande arte de tener siempre secretos y ocultos tus pecados. Dios se complace en ocultar lo que el hombre descubre; y es correr á tu perdicion y á tu mayor infamia el querer ocultar tus crimines no revelándolos al confesor. Dios ha derramado su Sangre para borrar tus delitos, ha puesto esta Sangre en las manos de los sacerdotes para hacer la aspersion de ella cuando te humilles á sus pies, y no te pide sino una confesion secreta para relajar los derechos de castigar con eternas penas tus culpas. Pues ¿qué temes? ¿Qué arriesgas? ¿No sabes que sentados los sacerdotes en los tribunales de la penitencia ocupan el lugar de Jesucristo, que hablando con ellos es á Jesucristo mismo á quien hablas? No atiendas, pues, á la otra razon aparente que te pone el enemigo infernal que te dice, has de perder el crédito con el confesor, que te ha de tratar ásperamente.

Pues ¿qué descrédito puede ser que la zarza dé espinas! que el vidrio frágil se rompa! Que el árbol pecador lleve espinas, que como vaso frágil se rompa, ¿qué admiracion puede cau-

sar en el confesor, á quien debes considerar hombre como tú, flaco como tú, y puede ser que mucho mas flaco que tú, llevando en sí mismo como tú la semilla de tus vicios, y el miserable caudal de tus miserias y enfermedades; y por esta razon propenso naturalmente á lastimarse de las tuyas!

Pero en fin, dime, ¿qué crédito perdió el patriarca Judas con manifestar la torpeza que cometió? ¿Qué perdió un David, un San Pablo, una Magdalena, un Buen Ladron? ¿Qué una María Egipcíaca, un San Agustin, un Santiago Eremita, un San Cipriano, un Moysés Abad, un David Monge y otros santos, que unos fueron deshonestos y adúlteros, otros ladrones y jugadores, otros hechiceros, hereges y homicidas? Nada perdieron de su crédito, honra y reputacion por la confesion de sus culpas; antes los veneramos y nos alegramos de su memoria, y no cesamos de alabar en ellos la misericordia divina y las admirables disposiciones de su providencia: fueron pecadores y grandes, pero con su confesion y penitencia borraron toda la afrenta é ignominia de sus graves culpas.

Que el confesor te ha de tratar con modo áspero, es el otro no menos frívolo reparo con que te puede engañar el enemigo infernal; pero quedarás libre de este engaño si tienes presente el fin para que se sienta el sacerdote en el confesonario. No pienses que está allí para oír virtudes y milagros, sino para oír pecados. Que el confesor reprenda alguna vez las cul-

pas, no te debes por esto admirar ni menos espantar; pues si los padres y madres reprenden las faltas que notan en sus hijos é hijas, y deben hacerlo así para cumplir con su estrecha obligacion, así tambien los sacerdotes que son los padres de los penitentes; pero todo este santo enojo que tal vez advertirás en los confesores, no es por ódio que te tengan, sino efecto del zelo de la honra de Dios y del deseo de tu bien espiritual; antes bien debes entender que cuanto mas graves sean tus pecados, tanto mas se alegrará el confesor; pero no será su alegría porque los hayas cometido, que esto no es materia de alegrarse sino de llorarse con lágrimas de sangre; será su alegría porque te ve á sus pies arrepentido con ánimo de volverte y convertirte á tu Señor; como el cazador cuando encuentra una buena caza; como el pescador cuando saca un gran pescado; como el pastor cuando halla la oveja mas perdida.

Por esto cuantos mas pecados tuvieres, tanto mas ha de ser tu confianza en el confesor, que representa á Jesucristo. Porque ¿no sabes que la mision del Hijo de Dios fué principalmente en gracia de los pecadores? ¿No sabes que el oficio que tomó fué de Médico que busca enfermos para sanarlos? ¿Y no sabes que el tenor del mandato que reciben los sacerdotes de este Hijo de Dios es el mismo que él recibió de su Eterno Padre, todo á favor de los pecadores y enfermos del alma? En virtud de esto el que mas pecó, el que está mas enfer-

mo, debe animarse mas y esperar mas de la bondad del confesor, si verdaderamente desea y pide de corazon salir de su pecado y librarse de su enfermedad.

Es cierto, que en el pórtico de las Iglesias hay muchos enfermos que necesitan les den la mano para entrar en la probática piscina de la penitencia ó confesion; pero entre enfermos y enfermos ¿á quién se deberá el primer cuidado y las primeras visitas sino al mas oprimido y al mas agravado? Si estás en mayor peligro, eres mas acreedor á la mayor asistencia, si estás mas enfermo que todos, tienes sobre todos un cierto derecho de preferencia; tu mayor miseria te hace mas privilegiado.

Cada dia estamos viendo que mueve mas á piedad un pobre llagado de pies á cabeza, que otro pobre comun y ordinario. El mismo pobre llagado que sabe bien quanto le valen sus llagas, hace, por decirlo así, como ostentacion de ellas, les quita las vendas, las presenta á los ojos de todos, y las procura manifestar en la manera mas dolorosa y mas asquerosa que puede, haciendo así una especie de comercio y negocio con su misma podredumbre. Y ¿qué sucede? Sucede que entre todos cuantos piden limosna él la pide con mas confianza, y él es atendido y visto con mas misericordia. A vista de esto ¿quanto debe esperar el pecador? Quanto mas grandes fueren sus llagas en el alma, con tanta mas confianza se ha de presentar delante del sacerdote que hace las veces de un Dios in-

finitamente misericordioso, y que no ignora quanto exceden las miserias del alma á las del cuerpo. No, pobrecillo pecador, no, no dejes de descubrir á tu médico espiritual todas tus llagas por asquerosas que sean: aun cuando te veas tan llagado en el alma como se vió el Santo Job en el cuerpo, y puedas decir con él: *Derelicta sunt tantummodo labia mea circa dentes meos*: No me ha quedado cosa sana en mi cuerpo sino estos lábios. Pero Padre mio (debes añadir) estos lábios están sanos, puedo con ellos confesar humilde y enteramente mis pecados, puedo conseguir la salud: todo lo demás que hay en mí ha de saber que es corrupcion y podredumbre: podredumbre todos los pecados que he cometido con toda su fealdad: podredumbre los malos hábitos que he contraido con toda su tiranía: podredumbre todos mis pensamientos, palabras y obras; en fin, soy una apostema de pies á cabeza. Mas no por eso desconfio; mucho me consuela y alienta el tener los lábios sanos; con ellos hablaré, confesaré y manifestaré todas mis llagas, que así en un instante quedarán sanas.

¡Qué consuelo este para tí pecador, y qué gusto para el sacerdote tu médico! ¡Qué alegría no tendrá éste en sanarte si eres un gran pecador! No de otra manera que se alegra sobre toda ponderacion, y acredita su fama y nombre aquel médico, que con la pericia de su arte, acierta á curar no solo las enfermedades ligeras y comunes, sino las mas graves, las mas rebel-

des, y las que generalmente se reputan desesperadas y pasan por incurables.

Y pienso hallarás nueva luz para conocer esta verdad, y para alentarte á la confianza del confesor, si consideras que no ignoran los sacerdotes que el cielo es una ciudad que se puede llamar trabajo ó fábrica de la misericordia. Es fábrica de la misericordia, porque los predestinados, que segun San Pedro, son aquellas piedras vivas de que está fabricada, todas son piedras de misericordia: unas como los inocentes de misericordia, que los conservó en la bella forma de la gracia recibida en el Bautismo: otras como los penitentes de misericordia, que los restituyó á la forma que habian perdido con el pecado. Pero entre todas las piedras que construyen la gran fábrica de la celestial Jerusalén, ¿quién no se parará á mirar y admirar particularmente aquellas que tuvieron necesidad de ser nuevamente pulidas y labradas? ¡aquellas que hicieron mas resistencia á recibir la forma ó la debida configuracion? ¡aquellas que costaron mas tiempo y mas trabajo? Pues sabemos, que las mas dificiles y mas rebeldes al mazo y al escoplo, son las que mas acreditan el magisterio del grande Artifice, y que las mas duras para recibir el lustre suelen al cabo ser las que lo reciben mas vivo y mas encendido. ¡O quien pudiera explicar la alegría de los bienaventurados cuando ven al soberano Artifice formar de piedras duras hijos de Abraham; y la fiesta que en el cielo se hace por la conversion de

un gran pecador! Oye lo que dice el padre Berlati en su Arte de Encomendarse á Dios: dice así, hablando con Dios: „Traeré á la memoria „aquella grande alegría que vos haceis en el „cielo, y la que á vuestra imitacion hacen los „ángeles y todos los cortesanos de la corte celestial cuando se convierte un pecador. ¡Gran „cosa será el ver aquella santa ciudad que siempre está en alegría, estarlo mucho mas en ciertos dias y en ciertas ocasiones, observándose „en toda ella un gozo y una solemnidad extraordinaria! casi estaba para decir, que al momento de la Iglesia militante tambien la Iglesia „triumfante, fuera de los dias ordinarios y feriales, tiene tambien sus dias de fiesta de mayor y mas ostentosa solemnidad, celebrándolos con toda aquella pompa y con toda aquella magnificencia que corresponde á un estado tan alto y tan bienaventurado. Pero lo que „mas observo es, que las fiestas de la Iglesia militante son por los santos que reinan en el „cielo, y las de la triunfante por los pecadores que se convierten en la tierra. ¡Ah! Señor, „y ¡cuanta verdad es que si en la tierra no hubiera pecadores no se celebrarían en el cielo „aquellas fiestas! Y ¡cuánta verdad es que yo „puedo añadir una fiesta mas en el paraíso, y „pretender al mismo tiempo que sea de las mas „solemnes la que se celebre por mí!”

Y segun esto, ¡cuánto te has de alentar á dar esta grande alegría á los moradores del cielo, supuesto que tambien el confesor se dignará de

coadyuvarte para que contigo sea causa de que en el cielo se celebre una nueva y solemne fiesta, mas alegre que la que pueden celebrar los moradores de la tierra en la beatificacion ó solemne canonizacion de algun santo! Y mas cuando á tí te ha de ser nada costosa esta fiesta: tu mayor gasto ó tu mayor trabajo se reduce á que sencillamente y con el mayor secreto digas y descubras al ministro del Altísimo todas tus enormes culpas. Depon, pues, todo tu temor, y aunque seas como el hijo pródigo, ten por cierto que hallarás en el confesor, no un hermano indignado, sino un padre tierno y compasivo que celebrará junto con el cielo el haberte hallado para Dios despues que estabas tan perdido.

¿Qué dirías, si Dios para perdonarte los pecados, te pidiera tanto como hacian los gentiles del Japon? Oye y te asombrarás de lo que se lee de aquellos bárbaros. Como el demonio, segun Tertuliano, intenta remedar ó fingir las obras del Señor, y esto para hacerlas despreciables; así quiso remedar y fingir el Sacramento de la confesion en las regiones del Japon, en donde tuvo en otro tiempo un muy vasto dominio. Habia, pues, en este idólatra reino un monte muy alto á donde habian de ir los que deseaban justificar y hacer allí la confesion de sus culpas, no á Dios, sino al demonio: para esto, dejaban sus tierras y sus casas; hacian una larga peregrinacion, á veces de seis ó siete dias, caminaban siempre á pié por los lugares mas

quebrados y fragosos; ayunaban á pan y agua, y cuando mas añadian algunas yerbas silvestres: cuando por último gimiendo y errando por los montes llegaban á la cumbre del mas alto, eran recibidos del demonio que tomaba figura de hombre; allí se postraban en tierra y hacian el mas exácto exámen de sus culpas; luego para obligarlos á confesarlas todas, al infeliz que le tocaba la vez de confesarse le ponian sobre el extremo de una gran barra de metal ó madera, la cual salia de un encumbrado risco. Así pendiente el triste penitente á vista de una inmensa profundidad comenzaba á decir en alta voz todos sus pecados, oyéndolos todos los hombres y demonios que allí asistian: si confesaba bien todos sus pecados lo quitaban de la barra y lo dejaban libre; pero si acaso dejaba de confesar alguna culpa, ó la disimulaba, ó se escusaba de ella, daban un buelco al peso y dejaban caer al miserable en aquel abismo, donde hecho menudos pedazos quedaba entre las peñas para alimento de las aves.

Por tantos trabajos como ves pasaban los gentiles para lograr un perdon falso de sus culpas, una fingida justificacion; y tú para conseguir una verdadera justificacion, una verdadera amistad con Dios, tu eterna salvacion, no pasarás por el corto trabajo de confesar tus culpas? No te manda Dios largas peregrinaciones, ayunos de pan y agua, ni la confesion pública de tus culpas, sino solo la mas secreta de ellas; pues ¿qué confusion será la tuya en el dia del jui-

cio cuando estos gentiles te echen en rostro lo que hicieron, y no les valió para conseguir su salvacion? Pues infaliblemente te condenarás, no hay remedio si no confiesas enteramente tus culpas; está dada la sentencia irrevocable de Dios: ó confesion, ó condenacion; como lo puedes ver en tantas almas que se condenaron por falta de integridad en la confesion.

Acuérdate de aquella muger viuda de buena fama y de buenas costumbres, de quien hace mencion San Antonino de Florencia, que habiendo caido en un pecado deshonesto, jamás tuvo aliento para confesarlo; despues de haber tomado el hábito de religiosa, y haber vivido en este estado con singular ejemplo de santidad, que por esto la eligieron en abadesa; murió, y despues de su muerte cuando esperaban de ella algun gran milagro, se dejó ver condenada, pidiendo arrojasen á un muladar su desdichado cuerpo.

No te olvides de la hija del rey Huguberto, que siendo princesa tan hermosa como discreta, hizo voto de castidad, fundó monasterios, reparó templos, edificó iglesias, se ocupó toda su vida en servir en hospitales, en ayunos continuos, cilicios, disciplinas, frecuente oracion, y en ser ejemplo y espejo de santidad; pero no habiendo confesado bien un pensamiento deshonesto consentido, se apareció á su aya, condenada, acompañada de demonios, rodeada de fieros animales, aprisionada con cadenas y penetrada de fuego.

Lo mismo sucedió con aquella otra viuda, de quien hace mencion Juan Raulino, que habiendo muerto en opinion de santidad para con todos y para con el Señor Obispo su confesor, se apareció á éste puesta sobre unas parrillas ardientes, rodeada por todas partes de demonios que procuraban atormentarla con todos modos, diciendo estar condenada por haber callado en la confesion un pensamiento torpe que habia consentido con un criado suyo.

Bien sabido es lo que sucedió en la ciudad de Cremona con una noble matrona, dada á la oracion, tenuta por exemplar de santidad, y llamada madre de pobres, que algunos meses despues de muerta se apareció á su hija, diciéndola, que estaba condenada por haber callado en la confesion ciertos pecados enormes.

Otra madre tambien se apareció á su hijo monge muy horrorosa, que se habia condenado por lo mismo; aunque antes de su muerte habia repartido á los pobres copiosas limosnas, confiada en que tal vez con las limosnas se salvaria.

¡Oh! ¡si yo pudiera formar un catálogo de todos los que se condenaron por no confesar enteramente sus pecados! Pero toma tú y abre el libro que se intitula: Fuente Mistica, y leerás en él lo que dice su autor, citando á San Gregorio, de una niña de siete años, que cometió cierta accion fea con su hermanito; que calló este pecado en la confesion; que murió, y que despues de muerta se apareció á su madre dán-

dola noticia de su eterna condenacion por haber dejado de confesar aquel pecado llevada de la vergüenza y miedo.

Y paso en silencio aquellos dos tan sabidos como horrorosos casos: el uno en el que se vió salir de la boca de una muger tantos sapos como pecados decia al sacerdote; pero no habiendo tenido firme resolucion de confesar un pecado mas grande, figurado en un sapo grande, que solia asomar la cabeza por la boca, éste y los demás sapos se volvieron á entrar dentro de ella; y así mal confesada murió luego, y al cabo de tres dias se apareció al confesor y á su compañero con la figura mas horrorosa, manifestando cuatro causas por las que se condenan las mugeres, siendo una de ellas el callar los pecados en la confesion.

El otro caso fué, en que otra fué vista al tiempo de la confesion, que una mano peluda le apretaba la garganta para que no confesase enteramente sus pecados; en efecto, no los confesó; y habiéndose aparecido á su confesor condenada, le dijo, que aquella mano peluda era la vergüenza que la impedia y la impidió siempre la entera confesion de sus culpas.

Desengañate, pues ya, tímido pecador con estos formidables ejemplos, y cree, que aunque ayunes á pan y agua, aunque hagas pedazos tus carnes, aunque des de limosna todos tus bienes; y en fin, aunque te emplees de dia y de noche en los ejercicios mas penosos de virtud, de todo se reirá el demonio como consiga de

tí el que no confieses enteramente tus delitos; como el carcelero que poco caso hace del preso, aunque éste ria, juegue, cante, salte y dance, porque sabe que lo tiene bien asegurado con la prision.

Desengañate, pues, y cree tambien que no hallará tu conciencia paz ni serenidad, siempre tendrás á tu vista el pecado callado en las puertas de tu casa, en las mesas, en las paredes, en las sillas, en la cama, en los vasos de oro y plata, y en todas partes te parecerá ver escrito tu pecado: *Peccatum meum contra me est semper*. Aquel caballero que no se atrevia á confesar cierto pecado, ¿qué esfuerzos no hizo? ¿qué diligencias no practicó para que se le olvidase? Se entregó á todas las diversiones del mundo, se dedicó á las ciencias, especialmente á las matemáticas que tanto divierten y tanto distraen: pero todo en vano, no hallaba sosiego, siempre tenia á su vista el pecado, hasta que desesperado iba ya á ahorcarse, cuando por providencia de Dios le encontró un padre jesuita, y con cierta estratagemata le sacó el pecado, se confesó bien, y con la confesion halló la paz y tranquilidad de espíritu que no pudo conseguir con tantos medios y arbitrios.

Todas estas razones, pienso han de ser poderosas y muy bastantes para que te resuelvas ó vergonzoso pecador! á hacer una humilde y entera confesion de tus culpas; pero si acaso con todo lo dicho no te determinas á vencer la pasion dominante de la vergüenza, por úl-

timo, ruego á ti y á los demás que adolecen de esta perniciosa pasion, que acudais á la sombra, proteccion y amparo de nuestra Señora de la CUEVA SANTA, á quien el Señor constituyó singularmente abogada de la confesion; y supuesto que este mal de las confesiones sacrilegas es tan universal y cunde tanto, que no es posible declarar, y que solo los sacerdotes que lo experimentan pueden dar un triste testimonio de ello; por tanto, debemos todos procurar pedir á Dios por el remedio de tan deplorable mal, y sea con especialidad por medio de nuestra Señora de la CUEVA SANTA, á quien Dios nuestro Señor ha concedido esta especial prerogativa y esta gracia sobresaliente, como se deja ver en un sin número de milagros, de los cuales voy á referir algunos.

*Milagros, en que Maria Santissima en su soberana imágen de la Cueva Santa, consigue legítima y entera confesion de las culpas á sus devotos.*

El historiador mas moderno de nuestra Señora de la CUEVA SANTA el Doctor Don Domingo Antonio Chiva, de quien hice mencion arriba, llegando á tratar esta materia confiesa y dice, que si alguna vez ha sentido trabajo en compendiar la historia de esta soberana imágen, ha sido esta en que el asunto es tan digno, y tan abundante la materia, que sola ella merecía un crecido volumen. Ya en la primi-

tiva Historia se hace relacion de muchos pecadores, que puestos en la presencia de la celestial imágen con voces públicas pedian: confesion, confesion; siendo sin número los pecadores, de diez, veinte, treinta y hasta de sesenta años de mala vida que confesaron con verdadero dolor sus culpas en la SANTA CUEVA; unos llamados desde lejas tierras á impulsos interiores y á los écos de la fama de la sagrada imágen; y otros que aunque iban por curiosidad, por diversion, y con un corazon mas duro que los peñascos de la Cueva, lo mismo era verse en presencia de la santa imágen que derretirse en amargas lágrimas de verdadera penitencia. De estos casos que se refieren en la historia antigua hizo relacion al Padre de la Justicia Don Domingo Tello, que fué capellan de la Virgen quince meses, y recibida su deposicion ante el Ilustrísimo Señor Obispo Don Pedro Ginés de Casanoba, concluyó su deposicion con estas palabras: Quince hombres (á mas de los dichos) vinieron á la SANTA CUEVA en diferentes ocasiones y sin propósito de confesarse; pero en viendo á la Virgen se sentian movidos á vehemente dolor de sus pecados; muchos de ellos habia diez y quince años que no se confesaban ó se confesaban mal; todos se confesaron generalmente, y recibido el Santísimo se fueron consolados y con firme propósito de servir á Dios muy de veras. Aun en nuestros dias no hay confesor que en pocos dias no quede persuadido que es frecuente milagro

de esta santa imagen enternecer y compungir con su vista los mas obstinados corazones. De los innumerables casos que pudiera referir en prueba de esta verdad, me contentaré solo con los siguientes.

Depone con juramento el padre capellan Don Gerónimo Marin, que llegó á la SANTA CUEVA y á sus pies un pecador de tales circunstancias, que no hallando arbitrio para absolverle, trató suavemente de diferirle la absolucion: llevó esto tan mal el penitente, que echando mano á un puñal le dijo: padre, ó absolverse ó morir á puñaladas. Viéndose el padre solo y en este conflicto, despues de algunas cristianas razones le rogó tuviese por bien de bajar con él á rezar una salve delante de la Virgen, que allí procuraría consolarle. Vino en ello el penitente, y sin dejar el puñal de la mano bajó con el confesor á la capilla; allí descubierta la santa imagen rezaron ambos la salve: pero ¡cosa maravillosa! en el instante que acabaron de rezar la salve y á las primeras palabras con que el confesor queria persuadirle lo que convenia, arrojó el puñal, se echó á sus pies, y envuelto en lágrimas y sollozos, dijo: padre capellan basta, basta, y perdone por Dios mi atrevimiento y sacrilega accion: tenga piedad de mi, que es tal la pena y dolor de mi corazon, y tal el espanto que ocasiona la vista de esta imagen que me parece no he de salir vivo de esta Cueva si arrepentido no le pido perdon y me confieso. Por último, dando nuevos motivos de ar-

repentimiento se confesó y le dió la absolucion; y con los ejercicios de piedad que despues se vieron en él manifestó aun mas ser verdadera su conversion. Concluye el dicho padre la deposicion de este caso diciendo: que por este medio de hacer rezar una salve ó tres Ave Marias delante de la Virgen á grandes pecadores, tiene la experiencia en veinte y dos años, de ser infinitos los milagros de esta especie.

Por el mes de Setiembre del año de 1712, pasó de otro reino al de España un hombre que fué á visitar á nuestra Señora llamado de la fama y grandes prodigios que obraba, á ver si tendria valor para confesarse (que hasta entonces no lo habia tenido) y salir de la mala vida que habia tenido en treinta y ocho años; pero lo mismo fué entrar en la capilla, cuando aun no bien descubria la santa imagen, resuelto en lágrimas y sollozos resolvió no irse sin hacer una buena confesion: hizola; empleando en ella nueve dias y muchas lágrimas, diciendo á los padres repetidas veces, que verdaderamente no habia jamás sabido qué era arrepentimiento y verdadero dolor de los pecados hasta que vió á nuestra Señora de la CUEVA SANTA.

Por los años de 1719 fué al Santuario sin otro motivo que el de diversion y de acompañar otros amigos, una muger que habia muchos años callaba por vergüenza un pecado de impureza. Asistió al rosario y gozos de la Virgen, quien la hirió al corazon tan tiernamente que

sin poder resistirse mas hizo resolucion de confesarse, como lo ejecutó al otro dia con muchas lágrimas y con mucho consuelo de su alma.

Mas reciente es, y no menos maravilloso, el caso que sucedió á uno que se volvía de la SANTA CUEVA sin confesarse, siendo así que tenia de ello gran necesidad. Caminaba, pues, aun no muy lejos de la SANTA CUEVA, cuando sintió que le tiraban la ropa, y oyó una voz interior que le decia: vuelve y confésate: prosiguió sin embargo el camino, y experimentando segunda vez lo mismo, despavorido y atónito suspendió un poco el camino, hasta que tercera vez resolvió proseguir sin darse por entendido á tan claras voces del cielo. Pero (¡ó portento!) tercera vez le sobrevino la voz, y al mismo tiempo un soberano impulso que le hizo caer hácia atrás tirándole de los cabellos. Así postrado respondió como Saulo: *¿Quid me vis facere?* Señora, ¿qué quieres que haga? y entendiendo la voluntad de la Virgen se volvió atrás, visitó otra vez á nuestra Señora, confesó bien sus pecados y salió de muchos años de mala vida.

Aun mas cercano á nuestro tiempo es lo que sucedió á otro que muchos años hacia vivía como un herege, haciendo confesiones y comuniones sacrilegas, por no descubrir al confesor sus maldades. Fué al Santuario de nuestra Señora con una de las ocasiones de su perdicion, por no ser notado de indevoto: bajó á visitar la santa imágen; pero lo mismo fué verla, que llenarse

de tal horror y miedo, que como despues dijo á su confesor, le parecia se desplomaba sobre él la Cueva, y que no saldria vivo si no se confesaba: en efecto, no salió del Santuario sin haber hecho confesion general de todos sus pecados con muchas lágrimas y señales de verdadero propósito.

Un hombre de ochenta años hizo confesion general de sesenta años, porque en todo este tiempo habia callado los pecados en la confesion, llevado de una vergüenza tan grande, que aun hallándose en las agonias de la muerte, no se atrevió á confesarse como Dios manda; pero acudiendo á nuestra Señora de la CUEVA SANTA, logró salud perfecta de esta gravísima enfermedad, y prosiguiendo en rezar todos los dias el rosario delante de una imágen de nuestra Señora de la CUEVA SANTA, fueron tales las luces que le enviaba esta soberana Señora, que por último hizo la confesion general de los sesenta años que habia vivido sin hacer una confesion buena.

Concluyo este asunto con lo que dice el padre Agramunt: Fuera nunca acabar querer escribir la mitad de los muchos casos que cada dia llegan á nuestros pies, y es preciso muchas veces se hayan de callar los mas singulares en resguardo del inviolable sigilo; pero lo cierto es que no hay año que no sean muchos estos milagros. Hasta aquí el citado historiador. Y aunque nos es difícil visitar la santa imágen en la misma Cueva, con todo, ruego y suplico por

Dios y su Santísima Madre á todos, singularmente á los pecadores mas tímidos, mas vergonzosos, y aun los mas obstinados, á que se pongan en presencia de alguna de las santas imágenes de la CUEVA SANTA de las que ya se veneran publicamente, y que mirándola con atención imploren su favor, y experimentarán en sus almas las maravillosas mutaciones que obra la divina gracia por medio de la santa imagen,

*Ejercicios que prescribe la Concordia, espiritual de la Buena Muerte, erigida bajo la proteccion de nuestra Señora de la Cueva Santa.*

Deseando el mayor aumento y propagacion del culto de la sagrada imagen de nuestra Señora de la CUEVA SANTA, cuya copia se venera en el colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, y anhelando alcanzar de la Santísima Virgen su proteccion poderosa en el artículo de la muerte, se erigió en dicho colegio una Concordia espiritual bajo el título de la Buena Muerte, en la que mutuamente animados de interior y fraternal caridad ofrecemos nuestros votos y preces á esta inmaculada princesa, venerándola en su soberana imagen de la CUEVA SANTA con los obsequios siguientes.

Primero. Cada sacerdote celebrará anualmente una misa en honor del felicísimo Tránsito y Coronacion gloriosa de la Santísima Virgen, aplicándola por todos los individuos de la hermandad, para que logren una muerte en gracia, é

igualmente por todos aquellos prójimos que se hallaren mas gravemente necesitados de socorros espirituales para morir felizmente. Los que no sean sacerdotes substituirán á este obsequio, ó mandar decir una misa, ú ofrecer dos partes del rosario y hacer dos comuniones en honor del mismo misterio y por el mismo fin.

Segundo. Todos rezarán diariamente, ó el cántico *Magnificat*, ó tres veces la oracion del Padre nuestro y Ave María con *Gloria Patri* &c. ofreciéndolo á la Beatísima Trinidad en accion de gracias por haber concedido á nuestra Señora una muerte tan preciosa, para inclinarse por este medio á esta soberana Reina á que nos asista en aquella peligrosa hora, como tambien á nuestros prójimos que se hallaren aquel dia en este conflicto.

Tercero. Todos los sacerdotes ú ordenados de menores órdenes acostumbrarán mandar muchas veces al dia á los espíritus malignos, que en nombre de JESUS y MARIA sean confundidos y dejen en paz á los moribundos; cuya costumbre será bueno ejercitar cada vez que tocarse el reloj, ó á lo menos á la mañana, al medio dia y á la noche.

Estos obsequios, y el fin á que se dirige esta importante Concordia, son muy del agrado de la soberana Madre de Dios, como se puede ver en los libros de la Mística Ciudad de Dios. Hija mía (dice la soberana Reina á la Venerable Sor María de Jesus de Agreda) sobre lo que has escrito de mi glorioso Tránsito quiero